

CLEOPATRA

Por RICARDO FERRARI



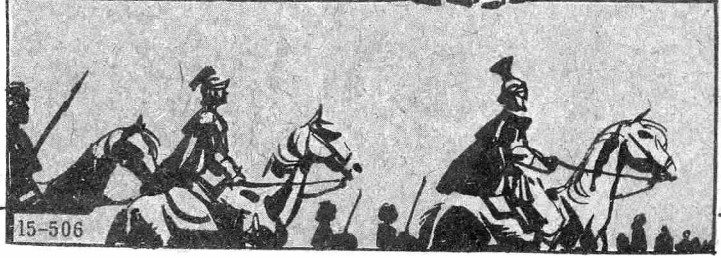
EL ESCLAVO Y EL HOMBRE

(E-4)



Julio César regresa a Roma. Cabalga al frente de sus legiones, y de sus tropas egipcias, y de sus guardias germanos. Lo siguen los carros cargados con trigo cosechado junto al Nilo, y las jirafas, y los pigmeos negros, y las jaulas con leones, y los lanceros de escudos de piel de cocodrilo. Como si viniera de un mundo mágico, el conquistador regresa de Egipto con su cortejo de maravillas, entre la ovación del pueblo y el silencio perplejo de los senadores.

Dibujos de MULKO





Y ella. Ella en su palanquín de oro, vestida de lino casi transparente, perfecta en su hermosura, lejana como una estrella y así de codiciada. Cleopatra, la reina, llega a Roma.



César alza a su hijo y sonríe. A su alrededor, los sirvientes miran asombrados al que alguna vez será su amo.

Dispón de todo. Serás el ama...

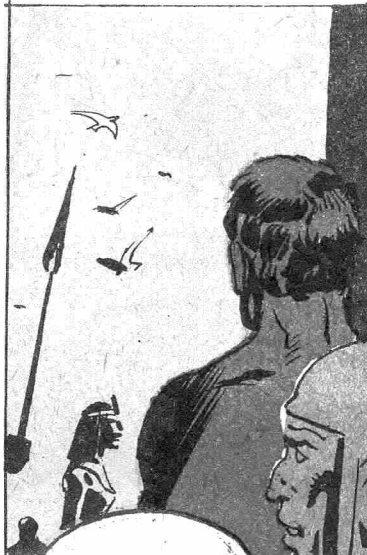


Y como para sí, la mujer de belleza estremecedora musita las palabras de triunfo.

Sí...Soy el ama...

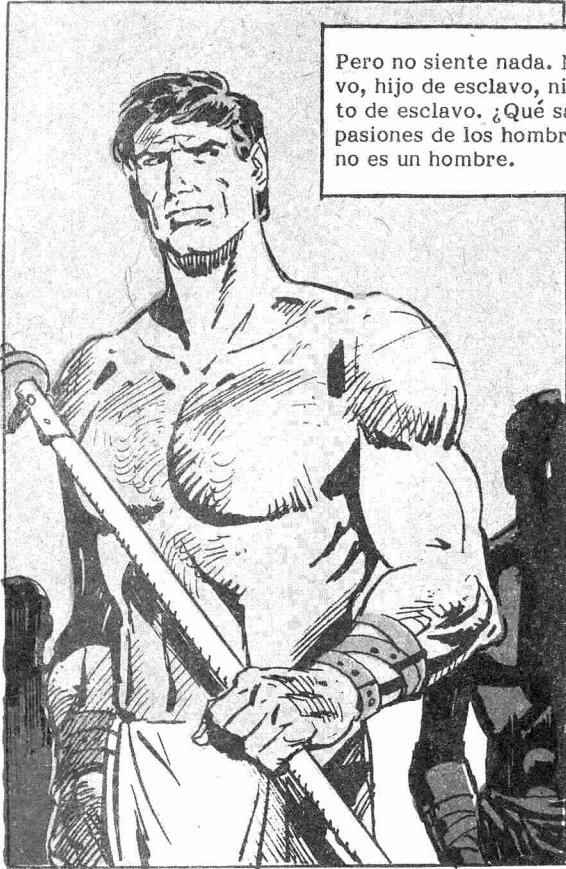


Desde el fondo del jardín, los esclavos la ven pasar, innecesariamente contenidos por tres legionarios.



Una cabeza más alto que todos, Durán, el galo, mira las formas perfectas tras la fina tela.



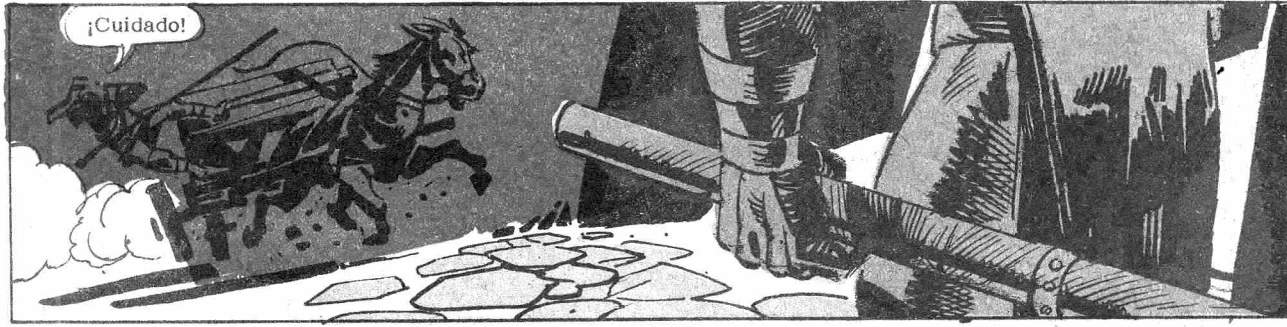


Pero no siente nada. Nació esclavo, hijo de esclavo, nieto y bisnieto de esclavo. ¿Qué sabe él de las pasiones de los hombres? Porque no es un hombre.



Es, apenas, una herramienta que habla.

Toda Roma habla de ella. La espía, la adula, la desea, y la ceta. Cleopatra ha llegado. Las mujeres se apiñan a criticarla a su paso, y ante ella los hombres se ahogan en un silencio turbado y ardiente. La reina está aquí. Y nadie puede permanecer indiferente.



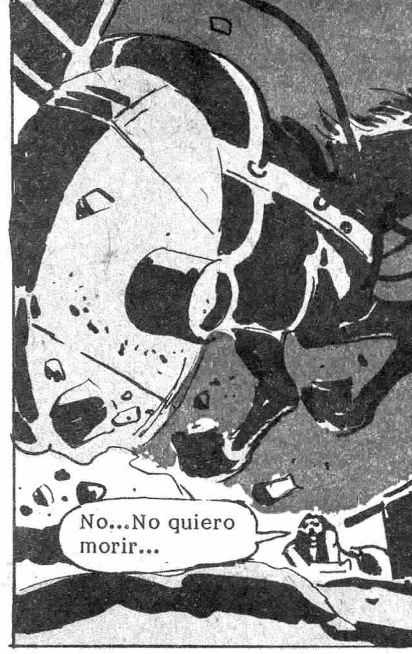
¡Cuidado!



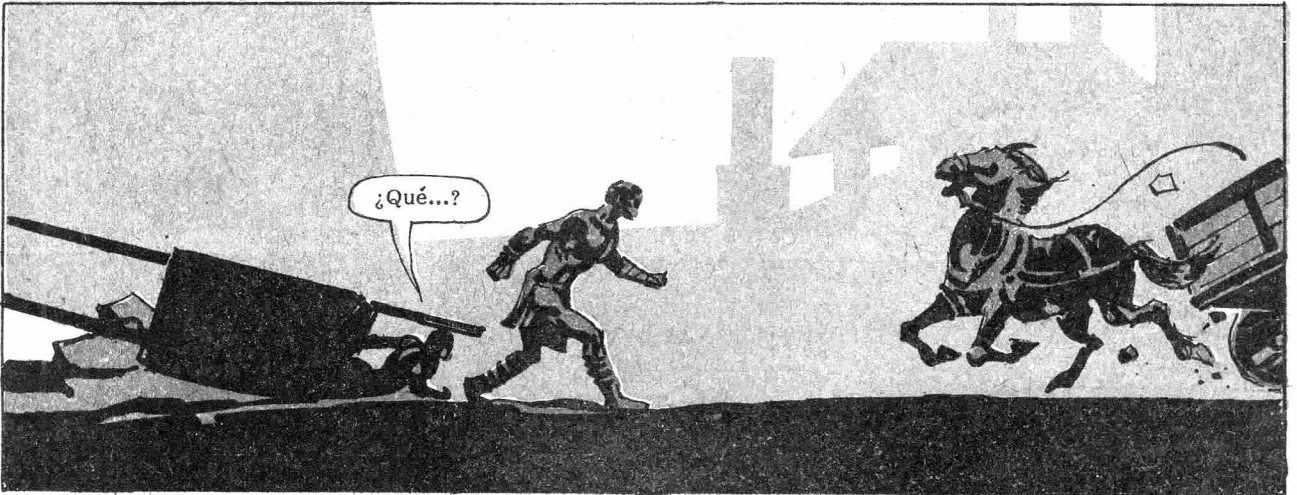
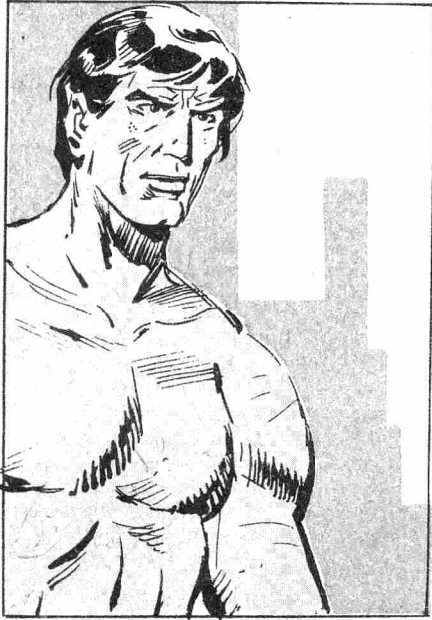
¡Huye, Durán, o nos arrollará!



¡Ah!



No...No quiero morir...

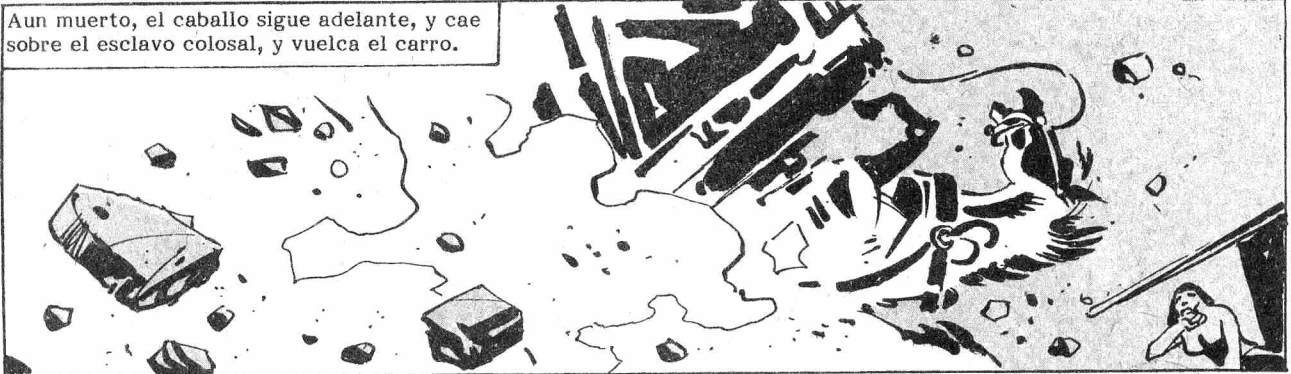


Es sólo un puñetazo. Un golpe atroz y colosal.

Por sobre el estruendo del carro, Cleopatra cree oír el escalofriante crujido de los huesos al quebrarse y hundirse.



Aun muerto, el caballo sigue adelante, y cae sobre el esclavo colosal, y vuelca el carro.



Cleopatra queda allí, oyendo los estertores del caballo y los quejidos del conductor.

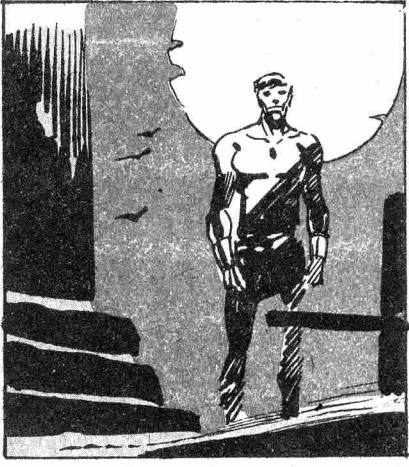


¿Y él?

Él sale de los maderos astillados sin una palabra. Se palpa la sangre que le sale de la frente, y la mira en su mano.



Y después, sin una palabra más, camina hasta el palanquín y se para ante sus manijas, esperando que regrese el otro para, sencillamente, continuar.



Pero... ¿Estás bien?

Sí. Las piernas no se rompieron, amado mío.

Los ojos felinos relampaguean, y un rictus de odio animal le tuerce los labios perfectos.



Quiero la cabeza del que huyó.

Imposible. Fue ejecutado y su cuerpo quemado para que no pudiera ser sepultado.

Excelente. Y al otro... Quiero conocer al otro.



Durán... Tarde o temprano, deberé mandarlo a las minas. No conviene tener cerca a un esclavo que puede matar un caballo de un puñetazo...



Mándalo. Quiero agradecerle, y premiarlo.

Prémialo. Pero no le agradezcas. Es un esclavo, no hombre libre.

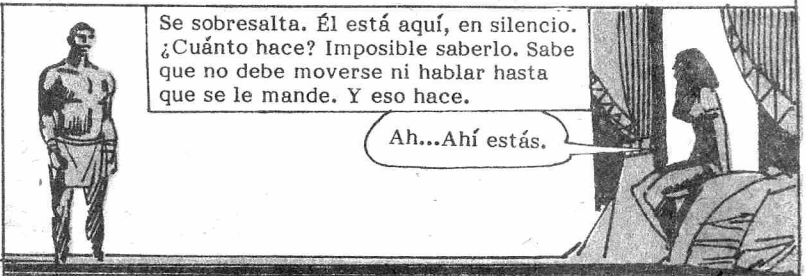


Sola en su lecho, se busca en el espejo de metal. Y el rostro que ve es el de una mujer aterrada, que todavía siente el aliento pútrido de la muerte.

(Pude morir allí...)



(Por Amón...Después de tanto, cuando soy la mujer que controla al hombre que domina el mundo, un caballo espantado estuvo a punto de matarme en una callejuela sin nombre...)



Se sobresalta. Él está aquí, en silencio. ¿Cuánto hace? Imposible saberlo. Sabe que no debe moverse ni hablar hasta que se le mande. Y eso hace.

Ah...Ahí estás.



Quiero premiarte por lo que has hecho.



Pudiste matarte al detener ese caballo. Mira...Aún sangras...

Los ojos. Los ojos la miran sin expresión, y sin deseo. Por primera vez en su vida, la reina está ante alguien indiferente. Y a medias molesta y a medias divertida, decide cambiar eso.

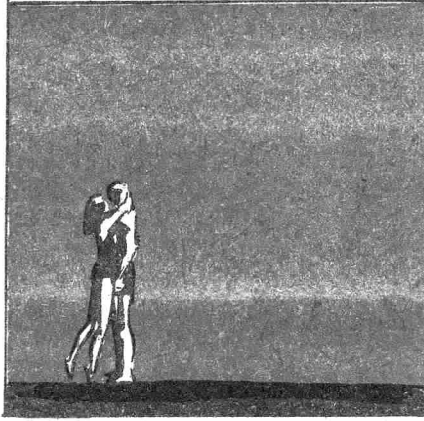
En Egipto, decimos que hay una manera de detener para siempre la sangre que sale de una herida.



Basta con lamerla...



Afuera, en los jardines, el viento tañe canciones increíbles en las flores y las ramas. Un pájaro, en su jaula de oro, canta a un remoto amor para siempre perdido y sólo por eso por siempre inolvidable.



Es ella la que primero se recupera. Parece despertar, aunque en verdad está retornando de un mundo más armonioso y grato.



Toca al hombre colosal, engalanado de músculos como maderos recios, y siente en su cuerpo los ecos de ese titán.

Es...espléndido!

Al oírla Durán sacude la cabeza y abre los ojos.



Y sus ojos ya no son los de una máquina: comienzan a ser, fatalmente, los de un hombre.



Yo...

No termina su primera frase. Se pone de pie y, con la profunda reverencia de los esclavos, se va.



Y ella, la reina, la que moldea a su antojo las pasiones de los hombres, comprende lo terriblemente lejos que ha llegado su juego pueril de mujer vanidosa.

Por Amón...



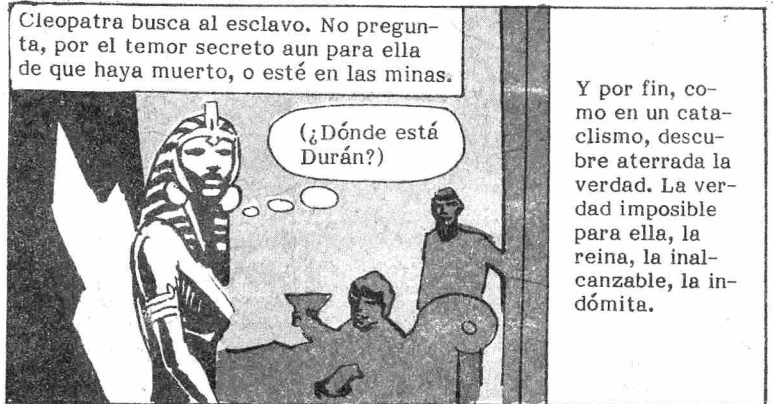


Jamás he conocido a un hombre como él...



Los días siguientes parecen iguales. Ella sigue dejándose adorar por César, y dedica sus miradas ambiguas a senadores y generales que cada vez más seguido, y cada vez con menos excusa, acuden a verla. Pero algo ha cambiado.

(¿Dónde está?)



Cleopatra busca al esclavo. No pregunta, por el temor secreto aun para ella de que haya muerto, o esté en las minas.

(¿Dónde está Durán?)

Y por fin, como en un cataclismo, descubre aterrada la verdad. La verdad imposible para ella, la reina, la inalcanzable, la indómita.



(Me he enamorado de él.)



(Creí que había sido un juego. Una manera de acercar una chispa de magia a la vida atroz de un esclavo que me había dado más que nadie, al salvarme la vida.)



(Y ahora extraño esas manos ásperas que me tocaron una sola vez, y esa boca inexperta que apenas podía con mis besos... ¿Cómo es posible?)



(Tengo que encontrarlo. Tengo que decirselo. Lo traeré cerca mío, donde pueda verlo... Otras lo hacen. ¿Por qué no yo?)



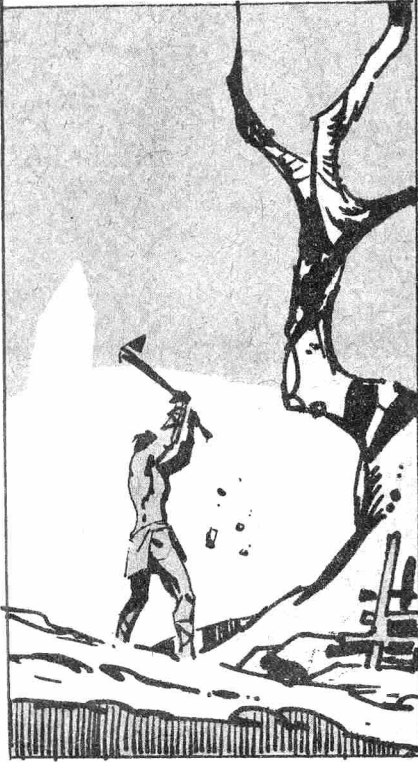
(O tal vez... O tal vez deba ordenar su muerte. Enamorarse es peligroso...)



Y de pronto imagina el cuerpo colosal, ese mismo cuerpo que estuvo una única vez junto a ella, helado y pringoso de sangre, y se estremece. Las esclavas a su alrededor notan el temblor y alzan la cabeza, sorprendidas.

(No... Su muerte no... No podría soportarlo...)

El esclavo llamado Durán hiende la tierra con golpes poderosos de azadón. En silencio, metódicamente, brillante de sudor y aureolado de esfuerzo, transforma la tierra pedregosa y estéril en labranza. Y, extraordinariamente, sonríe al entender el milagro de sus manos.



(Está cambiado. Ya... ya no parece un animal.)



Y al verla, el esclavo le dedica una inesperada sonrisa.

Mi señora...



¿Qué pasa en el alma de la mujer de belleza perfecta? Una tempestad silenciosa. Una convulsión que ella jamás hubiera creído posible.

Te llevaré conmigo, como esclavo de la casa.



De vez en cuando estaremos juntos. Es lo más que puedo ofrecerte.

Lo sé.



No.



Cleopatra no quiere entender lo que oye. Toca el pecho que se estremece aún por el esfuerzo y sonríe.

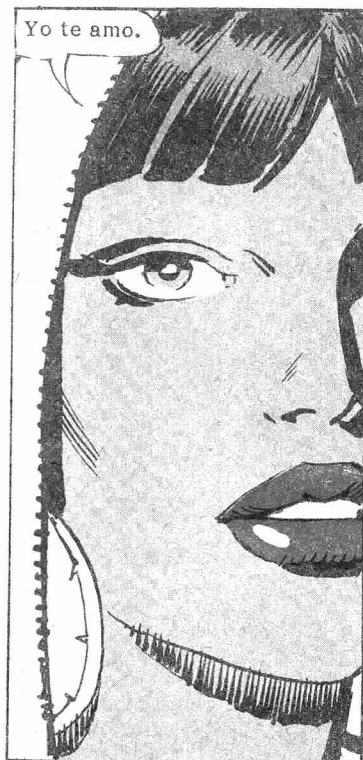
No has comprendido. Quiero tenerte cerca. Poder abrazarte otra vez.

Lo sé.

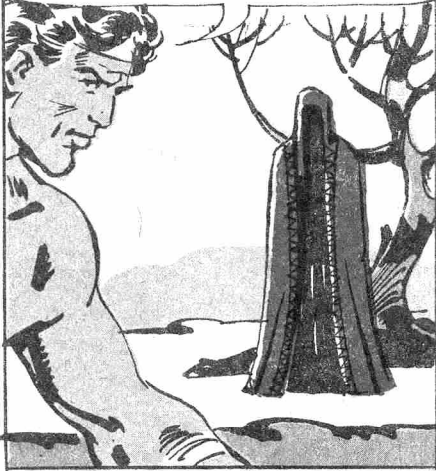


No.





No importa. ¿Sabes, mi señora? Hay cosas que un hombre necesita imperiosamente y un esclavo no. Por eso...



Se endereza, y enjuga el sudor de su frente. Sus ojos son ahora los ojos terribles de un hombre apasionado.

Por eso, mañana no salgas de tu casa.



No entiendo...



Lo amo...



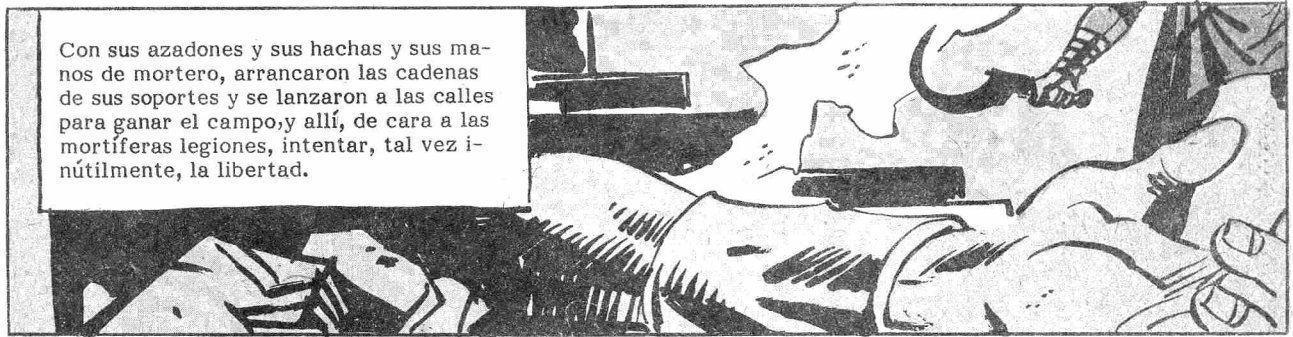
¿Por qué no puedo tenerlo?



La mañana siguiente estalla la rebelión.



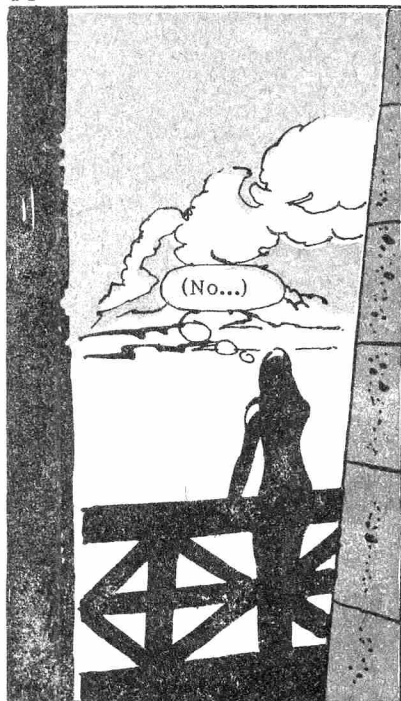
Con sus azadones y sus hachas y sus manos de mortero, arrancaron las cadenas de sus soportes y se lanzaron a las calles para ganar el campo, y allí, de cara a las mortíferas legiones, intentar, tal vez inútilmente, la libertad.



Y él, en su recién alcanzada condición de hombre, encabeza la revuelta.

¡Adelante!





Las legiones los arrinconan, y los matan sin piedad y sin arte, una carnicería de seres desesperados que mueren riendo; porque en la muerte tal vez no haya cadenas. Y esa sola posibilidad les basta.



Cuando todo termina, ella, la reina, lo busca.



Y lo encuentra.



Se queda allí, espantando los cuervos con una caña y llorando sin gritos y sin lágrimas. Su amor, su amor de mujer egoísta y vanidosa había transformado en hombre a la herramienta que hablaba.



Y Durán, como hombre cabal, más allá de su amor y su pasión, había decidido ser hombre libre o no ser de ninguna manera. Y había cumplido.



En medio de su dolor, Cleopatra sólo puede llorar y dejar que su alma se hunda en un terrible abismo. El amor...



...el amor, por única vez, ha pasado junto a ella.



Y, tal vez como un terrible castigo, no se ha detenido.



FIN